

XXXII. EDUCACION EN EL AMOR

7 de octubre de 1988

Muy queridos todos en SM:

He estado pidiendo ayuda a María, Madre del Amor hermoso, como canta la liturgia, para poder redactar esta carta. La considero esencial. La más importante, en cierto sentido, de todas las escritas hasta ahora.

La realidad y el tema del amor no han estado ausentes en todo lo que les he escrito en los años precedentes. Por el contrario, ha estado bien presente; especialmente en las cartas sobre castidad, matrimonio y virginidad, y José de santa María.

Quizás debo pedir perdón por haber escrito mucho, peor aún, demasiado, sobre el amor. Con el amor suele suceder como con los "ovnis". Todos hablamos de ellos aunque nadie los ha visto jamás. Cuando se habla del amor todos queremos pasar por maestros, no queremos ser discípulos, menos aún mostrar ignorancia al respecto. Olvidamos que la abundancia es madre de la superficialidad, por eso nos resulta difícil escuchar o leer algo que valga la pena y nos resulte significativo. Para colmo, los varones solemos hacer largos y objetivos discursos; las mujeres, al menos sobre el amor, callan, salvo que deseen hablar de sí mismas.

En fin, vuelvo hoy, perdón, a escribirles sobre el amor. Más precisamente sobre la *educación del amor*. Si educar en el amor es educar la tendencia hacia el bien, entonces todo lo que les he querido comunicar en el pasado ha versado sobre el amor y su educación.

El tema es inmenso y no es fácil delimitarlo. Basta pensar que Dios es Amor y nuestro amor nace de Dios. El amor afirma al propio yo y lo saca de sí mismo; traslada hacia el otro, descubre sus potencialidades y promueve su desarrollo; liga en comunión conyugal, familiar y social; da lugar a la amistad... El amor se consume y corona en Dios.

Además, por ser el amor un valor humano y por referirse a la conducta de la persona, pertenece al ámbito de la ética o moral. Me adelanto a decirles que no tengo intención de incluir en esta carta los aspectos morales del amor y de la sexualidad. Los remito a dos documentos del magisterio romano: *Declaración persona humana, acerca de ciertas cuestiones de ética sexual y Orientaciones educativas sobre el amor humano*.

Me contento con recordarles lo siguiente. Los valores y bienes que trata de "proteger y favorecer la verdadera moral sexual están al servicio de la madurez del hombre, de la integración de todas sus energías, del total despliegue de su capacidad de diálogo y donación intersexual y de la entrega generosa y responsable a los hijos". La moralidad de nuestra conducta amorosa y sexual ha de ser juzgada a la luz de estos bienes y valores (Conferencia Episcopal Española, *Sobre algunos aspectos referentes a la sexualidad y su valoración moral*, 1-I-87).

Dado que pienso escribirles en el futuro sobre la familia y la solidaridad puedo ahora omitir lo referente al amor familiar y social. Y, puesto que lo ya dicho sobre la abnegación y la oración se refieren al amor divino, es superfluo que les escriba extensamente sobre el amor a Dios.

En consecuencia, puedo decirles ya cuál es mi intención. En primer lugar, aclarar algunos conceptos generales sobre la educación y, más precisamente, sobre la educación del amor. Luego, exponer una doctrina sobre el amor, seguida por algunas sugerencias prácticas. Por último, Dios ya lo sabe, pero yo aún lo ignoro.

1. EDUCACIÓN

Yo educo, tú educas, él educa, nosotros educamos... Pero vivimos en un mundo de mal educados. Y yo mismo soy miembro activo de este mundo. Vale la pena que nos detengamos un momento para saber, ante todo, qué queremos decir cuando hablamos de *educación*.

La palabra educación proviene de dos verbos latinos: *educare* y *educere*. El significado de los mismos es, respectivamente:

Criar-producir-alimentar, formar-instruir-enseñar

Hacer salir, sacar afuera

Tenemos así una primera definición basada en la etimología de las palabras. La educación es el hecho de hacer salir lo que está dentro para darle forma. Y de esta concepción básica se desprenden un par de principios pedagógicos elementales:

- Presuponer en el educando una cierta afinidad con aquello que se desea suscitar en él.
- Capacitarlo para que se convierta en sujeto de su propia educación.

Pero podemos también acercarnos a la realidad de la educación desde otras dos perspectivas complementarias: desde los valores y desde los fines. Según estos dos puntos de vista podemos decir que la educación consiste en:

- Motivar al educando, que ya posee una tendencia hacia el autoperfeccionamiento, a fin de suscitar su capacidad de internalizar valores, transformarlos en actitudes y expresarlos en conductas.
- Ayudarle a alcanzar su plenitud personal orientándolo eficazmente hacia sus objetivos y fin último; ayudarle a asumir responsablemente su propio fin existencial.

Por último, desde una visión antropológica e integral, y con palabras del Papa Juan Pablo II, es posible decir que: "La educación consiste en que el hombre llegue a ser cada vez más hombre, que pueda ser más y no sólo que pueda tener más, y que, en consecuencia, a través de todo lo que tiene, de todo lo que posee, sepa ser más plenamente hombre. Para ello es necesario que el hombre sepa ser más no sólo con los otros, sino también para los otros" (Discurso del 2-VI-80 en la UNESCO).

Estoy seguro de que ustedes podrán sacar cantidad de conclusiones de todo lo antecedente. Apuesto que entre todas ellas no faltarán las siguientes:

- La educación presupone una adecuada concepción del ser humano, entendido como "uno en relación" o como "persona en comunión y comunidad de personas".
- La educación es una actividad perteneciente al orden de la cultura, la cual implica una identidad social y un estilo y cultivo de la vida.

Yo soy educado, tú eres educado, él es educado, nosotros somos educados... ¡Dios quiera que sea así! Todos queremos vivir desde valores internalizados, alcanzando metas, rectamente orientados hacia el fin último, siendo más para que todos puedan ser y tener más.

Teniendo bien presente ante los ojos todo lo dicho hasta aquí, concentro ahora el tema en la *educación del amor*.

No se puede hablar de educación del amor sin una educación de la persona toda entera. Ser persona es ser libre para amar en la verdad. Educar en el amor es educar para la relación fundada en la aceptación de sí mismo y expresada en comunicación, diálogo y servicio.

Con otras palabras podemos también decir que educar en el amor es: suscitar la capacidad de ser, dándose y recibiendo, siendo sujeto y objeto de amor.

Esta educación presupone un ámbito privilegiado: la familia. En efecto, la familia, entendida como lugar de encuentro interpersonal y personalizante donde cada uno es para los otros y por los otros es el primer medio humano y el más propicio para ser educado en el amor. Por este motivo, hay pocas tareas tan demandantes, gratificantes y sublimes como la de formar una familia.

Y podemos también ahora, desde lo recién dicho, inferir tres principios pedagógicos básicos:

- El amor sólo se educa por otro amor: aprendemos a amar de aquellos que nos aman.
- El amor crea el ámbito donde lo latente se hace patente: es fácil ser bueno cuando se es amado.
- El amor invita a amar: no coacciona, y cuando lo hace, degrada o exaspera.

Además, para poder ayudarnos a vivir en la verdad del amor, para ayudarnos y ayudar a educar el amor, tenemos que estar hartos convencidos de su suprema importancia. Y no sólo porque al final de la vida seremos juzgados en el amor, lo cual es una gran verdad, sino también porque:

"El hombre no puede vivir sin amor. Permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido, si no le es revelado el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y no lo hace propio, si no participa en él vivamente" (Juan Pablo II, *Redemptoris hominis*, 10).

Amar es lo más importante en la vida. Es más importante amar que vivir, porque vivir sin amor no es vivir, es morir. Se vive porque se ama y se vive para amar; y si se ama a Dios, plena y divinamente se vive. Si queremos aprender a vivir aprendamos a amar.

Amar y ser amado es lo más hondo y constitutivo de la persona humana. Orientar el amor es dar dirección a la vida. Sofocar al amor es ahogar a la persona: el egoísmo es un suicidio y un asesinato. El que sabe amar, todo sabe y es sabio.

Ahora bien, la educación del amor, al igual que el aprendizaje en cualquier arte, implica una doctrina y una práctica. La primera puede ser enseñada, la segunda, sólo sugerida. Aprendamos, entonces, qué es el amor para poder vivir amando.

2. DOCTRINA

Les acabo de decir que la doctrina del amor puede ser enseñada. Me corrijo. Sólo el Amor, Dios, nos puede enseñar qué es el amor y cómo amar. Por lo tanto, abramos nuestro corazón al divino Maestro y dejémonos amaestrar. Hagámonos discípulos para poder luego enseñar.

A. Dios Amor

El Señor me regaló una doctrina del amor desde los primeros meses de mi conversión. Se valió de la revelación bíblica para hacerme discípulo suyo. Esta doctrina ha sido siempre luz para mis pasos, aunque no siempre mis pasos han caminado según esta luz. La enseñanza se reduce en síntesis a lo siguiente:

Dios es amor,
por eso nos amó primero y gratuitamente.
Nos dio a su Hijo,
cuando todavía éramos pecadores y enemigos.
Y su Unigénito nos dio su Vida, su Espíritu y su Madre,
para que amáramos a nuestro prójimo
como a nosotros mismos,

como El mismo nos amó.

Sí, Dios es Amor (I Jn.4:8). Por consiguiente, es El quien ama primero y por pura gracia, puesto que no lo precedió nuestro amor. "El amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios sino en que El nos amó a nosotros primero" (I Jn.4:10,19). Dios es Amor que nos ama.

Tanto nos amó y tanto quiso demostrarlo que nos dio a su Hijo único para que por la fe en El tuviéramos vida eterna: el amor eterno que es su Vida (Jn.3:16). "Y no perdonó a su propio Hijo, antes bien lo entregó por todos nosotros" (Rom.8:32). Jesús mismo nos lo dijo cuando nos contó aquella parábola de los viñadores homicidas, por no decir deicidas: "Finalmente envió a su hijo, diciendo, a mi hijo lo respetarán..." (Mt.21:37). Dios es Amor que nos ama y muere por amor en manos de quienes lo odian y matan.

Apenas se encuentra quien esté dispuesto a morir por un justo. ¡Pero El amó a los impíos! "La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros" (Rom.5:6-8). Murió, no sólo perdonando, sino también pidiendo perdón por nosotros (Lc.23:34). Ya nos lo había anticipado cuando nos habló de aquel hijo menor que estaba muerto por su pecado y volvió a la vida cuando su Padre "se le echó al cuello, lo besó efusivamente" y lo revistió de fiesta (Lc.15:11-24). Dios es Amor que nos ama y muere por amor, en manos de quienes lo odian, intercediendo nuestro perdón.

Y su Unigénito nos dio su vida, como prueba del mayor amor, para que fuéramos sus amigos (Jn.15:13; 10:18). Durante sus años de prédica en Galilea Jesús nos decía: "Yo soy el pan vivo, el que coma este pan vivirá para siempre, el pan que voy a dar es mi carne para la vida del mundo" (Jn.6:51). Y la noche de la cena, en su postrera despedida, tomó pan, lo partió y nos lo dio diciendo: "Esto es mi cuerpo que es entregado por vosotros" (Lc.22:19). Desde ese día todos podemos ya decir: ¡No vivo yo, es Cristo quien vive en mí! (Gál.2:20); en primer lugar, la que dio su carne, y nos la dio por Madre.

Nos regaló también su Espíritu que calma nuestra sed en la fuente de su agua viva (Jn.4:14; 7:37-39). Primero lo devolvió a su Padre y después lo sopló sobre nosotros (Jn.19:30; 20:22). Demos testimonio entonces: "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rom.5:5).

Hermanos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos: amémonos porque El nos amó primero (I Jn.4:11-12,19-21). El segundo mandamiento, semejante al primero, dice: "Amarás al prójimo como a ti mismo" (Mt.22:39). Y Jesús, con la novedad de su pascua, lo reformuló así: "Os doy un mandamiento nuevo, que os améis los unos a los otros como yo os he amado" (Jn.13:34-35). En consecuencia, "todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios" (I Jn.4:7).

Vuelvo a la síntesis y doy un paso más allá de ella. El amor de Dios nos hace amables: capaces de amar y dignos de amor. La capacidad de ser amados es mayor que la capacidad de amar, que nuestra capacidad de amar y que la de cualquier otra creatura. Por eso ningún ser humano puede plenificar a otro ser humano. Es necesario que el amor, además de sacar de sí, eleve sobre sí: el amor sólo se plenifica en Dios.

B. Amor y amores

La doctrina bíblica sobre el amor nos ha puesto en buen camino y en la recta dirección. Pero, ¿qué es el amor? Aunque no es fácil decirlo, trataré de responder. La primera dificultad reside en esto: gran *variedad de vivencias* humanas encuentran acogida en la palabra amor. Es verdad que todas ellas participan en mayor o menor grado de un denominador común. Pero también es verdad que estas experiencias son distinguibles y, en algunos casos, hasta distintas u opuestas entre sí.

En nuestra cultura contemporánea, se suele equiparar el amor con otras realidades que sólo lo expresa en parte, como ser: el sentimiento romántico, el enamoramiento, la autoinmolación.

Quizás, una de las confusiones más corrientes consiste en identificar el *amor y el sexo*. Es verdad que muchas veces suelen ir juntos, pero no son lo mismo. Existe, lamentablemente, sexo sin amor, como en la prostitución oficializada; y también existe, felizmente, amor sin sexo, como por ejemplo en la virginidad consagrada. Les apunto algunas diferencias.

- El sexo es un impulso, común a hombres y animales, que busca el placer físico y lo alcanza en la cópula.
- El amor es un anhelo, propio del ser humano, que busca la felicidad y sólo en otra persona lo alcanza.
- El sexo es egoísta y busca satisfacerse en el cuerpo de cualquier otro a quien posee.
- El amor es altruista y busca satisfacerse en el corazón de otro a quien pertenece.
- El sexo es temporal y su objeto es reemplazable.
- El amor es eterno y su otro sujeto es irremplazable.
- El sexo es un episodio en la vida.
- El amor es la vida toda por entero.

El machismo suele ser sexo sin amor. El macho apetece a la mujer que no ama. Y en algunos casos, el machismo puede ser amor sin sexo: cuando el macho no desea a la mujer propia aunque dice amarla. Por lo demás, parece ser más fácil mendigar amor a una mujer que a un varón; amor, no sexo; y a la inversa.

La sociedad consumista se vale de todos los medios a su alcance para confundir sexo y amor. Es la única manera de comercializarlo y vender "felicidad" a bajo precio (aunque todo lo barato suele resultar luego caro): hacer el amor puede significar deshacer otro amor.

Nuestra sociedad contemporánea ha logrado reducir el eros –en cuanto resonancia psicoafectiva en la relación entre el varón y la mujer– al sexo. Nace así el *erotismo*, fenómeno tan propio de nuestros tiempos.

El erotismo persigue un fin muy concreto: el mutuo placer, en el mejor de los casos; o el placer sin más, aunque uno de los amantes quede sin gustar ni saciarse.

El amante erotizado sólo busca la experiencia carnal y no a la persona, por eso está siempre listo para sustituirla. La vida es para él una continua aventura entretejida de conquistas y seducciones. La aventura erótica suele ser algo preparado, calculado y hasta evaluado. Se trata de un medio hacia un fin. El fin ya lo conocemos: la satisfacción sexual, aunque no necesariamente recíproca. En cuanto mediación, la aventura se presta al aprendizaje y a la emulación. El cine, la telenovela, la esquina... son todos maestros. El erotismo en pareja estable, al menos mientras dure una prestación satisfactoria, teñido de romance, puede parecer enamoramiento o amor, pero no es ni lo uno ni lo otro.

El Evangelio condena el erotismo por una sencilla razón: cosifica a las personas como objetos de placer. La Buena Noticia de Jesús une y distingue el amor y el sexo. El amor sexuado, propio de la persona humana sexualmente diferenciada, es la única forma de amar y de ser feliz. Este amor sexuado puede expresarse con o sin sexo. El matrimonio es el único ámbito digno del amor sexuado y sexual.

Una segunda dificultad proviene de un hecho fácilmente constatable: hay tantas *maneras de amor* cuanto amantes. Me explico en más detalle.

El amor es un tanto diferente en el *varón y en la mujer*. Para ella amar es entregarse totalmente, alma y cuerpo, lo que es, será y podría ser según los deseos de quien la ama. A nosotros, varones, confesemos la verdad, nos encanta y queremos ser amados así, pero rara vez amamos con este

amor. Por eso mismo, la mujer depende más del amor, aunque lo disimule: necesita ser necesitada, desea oír diez mil veces que es amada, porque es amada y cómo es amada.

Nosotros estudiamos el amor de ellas, constatamos sus mil vueltas, apenas lo entendemos y hasta nos engañamos. Ellas intuyen nuestro amor, no distinguen todas sus complejidades pero, en definitiva, no suelen engañarse.

Un hombre, visto de lejos, puede despertar interés, pero la cercanía puede adormecerlo (el interés). La mujer distante puede ser poco atractiva, pero al acercarse puede crecer su encanto. La visión del ojo de nuestro amor es diferente a la de ellas. Además, la mujer puede llegar a amar más a quien menos lo merece; el varón amante es más justo en sus cuentas y cálculos. Y veamos otras posibles diferencias.

- La mujer que ama recibe en el mismo acto de donarse, el varón amante vive distintamente el dar y el recibir.
- El varón se personaliza y madura amando, la mujer, siendo amada; ella quiere ser vista y tocada, él desea tocar y ver.
- El amor femenino tiene horizontes más pequeños y metas de más corto alcance que los del varón, pero tiene raíces más hondas y es más perseverante.
- Al enamorado lo atrae y encandila la belleza física (lo primero que la naturaleza da y lo primero que quita), la enamorada aprecia el ingenio y el valor (lo último que la vida regala y que una vez adquirido nada lo quita).
- La mujer alaba ante otros al hombre que ama y lo critica en su corazón: ¿para aparentar ser feliz? El varón la critica en público y la alaba en secreto: ¿para evitar que se la deseen?
- La inteligencia del varón puede ignorar el amor, pero la ignorancia de la mujer nunca lo desconoce.
- El amor de ellas va de adentro hacia afuera, el nuestro se mueve de afuera hacia adentro; y es más fácil que el de ellas llegue a su término.
- El amor masculino, cuando degenera, se convierte en dominio o egoísmo de poseer; el femenino, degenerado, es vanidad, seducción o egoísmo de ser deseada.

Y demos ahora un paso más, aunque tratando de complicarnos menos. Además de la condición sexuada, masculina y femenina, hay muchos otros factores que permiten hablar de una *tipología* del amor. En efecto, el temperamento innato, el carácter adquirido, la educación y la propia historia configuran diversos rostros de amantes. Pensemos, por ejemplo, en: Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II; santa Catalina de Siena, santa Teresa de Avila y santa Teresita. O, si les es más fácil, miren a fulano, mengano y zutano.

Para simplificar el problema, en beneficio de la utilidad, acá les presento un cuadro sinóptico con algunas características de tres tipos de amantes. Si esperan un momento luego les explico cómo usarlo a fin de perfilar la propia identidad.

TRES TIPOS DE AMANTES

AFECTUOSO

OPERATIVO

SERVICIAL

AMOR A DIOS	Intimidad y amistad	Sacrificio y Apostolado	Sumisión y respeto
PROJIMO	Tolerancia y complacencia	Decisión y Firmeza	Fidelidad y Delicadeza
SI MISMO	Realismo y condescendencia	Olvido y Conquista	Idealismo e Intransigencia
EXPRESION	Palabras y gestos	Actitudes y obras	Silencio y Servicios
MEDIACION	El cuerpo	Las cosas	El espacio

Quiero ahora, sin más demora, contestar a esta pregunta: *¿qué es lo propio y común a cualquier forma de amor digna de tal nombre?* No puedo contestarla por medio de una definición: es imposible abarcar lo propio del amor pues no tiene límites. Buscaré otros caminos para hacerme entender.

Apelo a la *intuición* de cada uno. Ella permite conocer sin razonar, aunque luego sea necesario razonar para explicar lo intuido. Intuyo que el verdadero amor es:

- Extender los límites del propio yo para renacer como personas: yo, tú y nosotros.
- Una forma de comunicación interpersonal que crea comunión o unión en el común amor.
- Poder afirmar que “uno más uno puede ser uno”.
- Poder también asegurar que el yo y el tú no se suman sino que se multiplican.
- Lo más propio mío que tiende hacia lo más propio tuyo para vivir ambos fuera de nosotros mismos.
- Muerte del viviente y vida del muriente.
- Vivir en, con y para otro.
- Atadura y liberación, movimiento y reposo, herida y sanación.
- Semejanza de diversidades, rendición de autonomías, unión y distinción.

- Vivir ante y hacerse presente.
- Convicción y oblación más que emoción.
- Don de sí, darse antes que dar, darse dando.

Y ustedes mismos podrán ampliar la lista hasta el infinito: el amor no tiene fin. Ensayo ahora otra *aproximación*. Retomo la descripción ya hecha en otra oportunidad, juzgo que conserva todo su valor.

El amor es una actitud y una opción (aspectos estable y libre), que sacándonos del propio yo (aspectos dinámico y extático), nos hace entrar en el corazón del otro (aspectos altruista e íntimo), para afirmarlo y valorarlo incondicionalmente como digno, único e irrepetible (aspectos promocional y creativo).

Es fácil adivinar que esta afirmación del otro se realiza en variadas formas que no se excluyen necesariamente entre sí. Salta a la vista que la afirmación o aprobación:

- *Materna*, es misericordiosa y naturalmente incondicional, predominando lo afectivo.
- *Paterna*, es veraz y espontáneamente condicional, acentuando lo efectivo.
- *Fraterna*, es universal y amigable, destacando lo promocional.
- *Erótica*, es heterosexual y tendiente hacia lo carnal, predominando lo posesivo.
- *Divina*, es absoluta y don gratuito; desde Dios destaca lo oblativo y desde nosotros sobresale lo receptivo.

¿Cuál de estas formas de afirmación, sin contar la divina, se identifica con el amor sin más? En otras palabras: ¿qué forma de amor es prototipo del amor?

Amor fraterno

Para Aristóteles, conocido filósofo griego, el amor materno es el primer modelo de todo amor. Y algo de razón no le faltaba. Según una interpretación popular, la palabra amor proviene de "mama", es decir: el pecho de la mamá que amamanta a la criatura.

Sin desmerecer para nada el amor materno, prefiero opinar que el prototipo del amor es el amor fraterno o al prójimo. Al menos por su posibilidad universal y su capacidad de incluir en sí las notas particulares de las otras afirmaciones del amor.

Los primeros cristianos se llamaban hermanos entre sí por una sencilla razón: vivían el mandamiento del amor universal que Jesús les había dejado. Veamos algo de todo esto con mayor detenimiento.

El amor fraterno se refiere a todo prójimo, a todo hombre, al menos potencialmente. Podemos decir que es un amor básicamente promocional que nace de tres *actitudes* en relación con los otros:

- *Cuidado*: dedicación afectiva y efectiva en favor de la vida y el crecimiento del prójimo.
- *Responsabilidad*: respuesta libre, generosa y diligente ante las necesidades ajenas.

- *Respeto*: visión atenta y delicada de los otros tal como ellos son y no como yo quisiera que fueran.

Estas tres actitudes pueden resumirse en dos. Hablando con un lenguaje más tradicional podemos decir que el amor fraterno consiste básicamente en:

- *Benevolencia*: querer el bien del prójimo.
- *Beneficiencia*: hacer el bien al prójimo.

Es fácil darse cuenta que este amor incluye lo misericordioso y afectivo del amor materno, y lo veraz y efectivo del amor paterno. Da sentido y perpetuidad al amor erótico y sensible. Nunca es posesivo sino que libera al prójimo. Puede crecer infinitamente. Y tiende hacia la gratuidad e incondicionalidad total: te amo no por tus méritos ni por lo que me das sino porque eres; trato de amarte como Dios nos ama.

Quizás valga la pena destacar algo que suele pasar desapercibido. El amor fraterno, por ser universal, no excluye a nadie, ¡ni siquiera a *uno mismo*! Bien lo dijo santo Tomás: "El hombre tiende por naturaleza a su propio bien y propia perfección, lo cual quiere decir amarse a sí mismo" (*Suma teológica*, I,60,3).

Claro está que este *amor a sí mismo* no tiene nada que ver con el egoísmo o amor propio. Amarse es evitar lo que nos daña y procurar lo que personal y espiritualmente nos beneficia, todo lo cual redundará finalmente en el bien del prójimo. San Agustín, para evitar cualquier posible confusión, declara sentenciosamente: "Quien se ama a sí y no a Dios, no se ama" (*Sobre san Juan*, 123:5).

Aprender a amarse a sí mismo no es tarea fácil sino ardua, no rápida sino lenta, no breve sino larga. Implica: conocerse, aceptarse, liberarse, beneficiarse y donarse. El autoconocimiento es el punto de partida y la donación de sí la meta, llegada o arribo para nuevos inicios.

San Felipe Neri, nacido en Florencia en el año 1515, canonizado junto con Teresa de Avila e Ignacio de Loyola, me enseñó que el camino más corto hacia el verdadero amor a sí mismo es el *sentido del humor*. Leyendo episodios de la vida de Felipe, contemplando su obra y escuchando sus dichos, intuí que el sentido del humor es:

- Sonrisa interior que sintetiza situaciones desproporcionadas e incoherentes.
- Equilibrio humoral equidistante de la euforia y la depresión.
- Humedad que nos distiende y refresca cuando estamos tensos y calientes.
- Capacidad de dar a los hechos de la propia vida y a sí mismo el justo valor.
- Risa terapéutica y cicatrizante.
- Sencillez de niño con experiencia de anciano.
- Jovialidad que permite ser siempre joven y jugar seriamente con la vida.
- Presencia continua ante la alegría de Dios.
- Relativización de todo, comenzando por uno mismo, en relación con el Absoluto.

Cualquier contemplativo es alguien con gran sentido del humor. En esto se conoce si vivimos siempre en presencia de Dios. La fe nos permite ver y considerar todo desde la perspectiva justa: Dios y su Reino. Desde esta perspectiva todo se relativiza en su justa dimensión. El Reinado de Dios ya está presente aunque todavía no se ha manifestado, por eso reímos ya en el presente y esperamos un sentido del humor desbordante para el futuro, sabemos que quien ríe último ríe mejor.

La caridad nos une a Dios Amor. Y este amor echa fuera todo temor. Donde no hay temor abunda el buen humor. Que gran verdad contiene esta jocosa palabra de aquel que llegó a considerarse a sí mismo como juglar de Dios, Bernardo de Claraval: "La caridad es risa pues es alegre" (*Sermones varios*, 93; cf. *Carta* 87:12).

El sentido del humor es un camino tan corto hacia el amor de sí mismo que llega hasta a identificarse con él. Entonces, ¿cuál es el camino hacia el sentido del humor? ¡Conocerse, aceptarse... donarse! Pero de todo esto ya les hablé en una carta anterior.

C. Amor de amistad

Les estaba escribiendo sobre el amor fraterno abierto a todos como prototipo del amor. Doy ahora un paso más: les comparto algunas ideas sobre la *amistad*.

Las palabras frecuentes en muchas bocas terminan por perder sentido en muchos oídos. Me consta que precisamente esto está sucediendo con los sustantivos: amistad, amigo, amiga.

Peor aún, el sustantivo femenino "amiga", en boca de una mujer, suena para algunos varones como algo insubstancial, y si tiene substancia no falta quien la juzgue morbosa. En labios de un varón, la palabra "amiga", puede despertar sonrisas de complicidad o sospecha en otros labios.

En algunos medios sociales, solamente entre varones goza la amistad de cierta respetabilidad. Siempre y cuando no se la confunda con privilegios, favoritismos y recomendaciones para procurar ventajas y escalar posiciones sin méritos propios. Claro está que la amistad puede también perder su densidad y convertirse en algo trivial cuando se llama amigo al meramente conocido, al colega, al compañero, al socio, al vecino o al simpático.

El *ejemplo* de Jesús es instructivo. Jesús tenía amigos y amigas. Su pariente Juan es presentado como su amigo (Jn.3:29). El mismo no vacila en decir: Lázaro nuestro amigo (Jn.11:11). A uno de sus discípulos lo consideraba como amigo predilecto (Jn.13:23; 19:26; 21:7,20). Hacia el fin de su vida ofrece su amistad y sufre el rechazo (Mt.26:50; Mc.10:21).

En la cena de los adioses, Jesús nos revela su corazón de amigo y el misterio sublime de la amistad divina. Nos enseña que la amistad es: donación de sí mismo, reciprocidad o respuesta y confianza de lo íntimo o secreto.

"Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer" (Jn.15:13-15; cf. Lc12:4).

Y tengamos bien presente que la primera sierva que se convirtió en amiga fue precisamente su propia madre: María.

La *tradicón* cristiana, mientras supo beber el espíritu de la fuente evangélica, tuvo en alta estima la relación de amistad. Elredo de Rieval, en diálogo con su discípulo y amigo Juan, no vaciló en parafrasear la Escritura y decir: "Quien permanece en la amistad, en Dios permanece y Dios en él". En realidad, lo que Elredo tenía en la punta de la lengua, pero no se atrevió a pronunciar era esto otro: ¡Dios es Amistad! (*Amistad espiritual*, I,69-70). Por consiguiente, según el abad de Rieval, cualquier par de amigos, cuya amistad ha alcanzado una cierta profundidad, ha de poder decir: "Henos aquí, yo y tú, y espero, tercero entre nosotros, Cristo" (*Ibid.*, I,1). La verdadera amistad, en la vivencia y doctrina de Elredo: "Nace en Cristo, se desarrolla en Cristo y termina en Cristo" (*Ibid.*, I,10; cf. 20-21; III,87,123,133).

Cuando santo Tomás se preguntaba sobre la naturaleza de la caridad no vaciló en responderse: "La caridad es una amistad del hombre con Dios". Y esto es así porque en la caridad se da: benevolencia mutua y comunicación de bienes (*Suma teológica*, II-II,23,1).

A la luz de esta doctrina es fácil comprender porqué Teresa de Avila habla de la oración como trato de amistad con Dios (*Vida*, VIII:5). Y aconseja a los orantes, sobre todo a los inicios de su vida de oración, que: "procuren amistad y trato con otras personas que traten de lo mismo" (*Ibid.*, VII:20).

¿Qué es la amistad? Cuando la benevolencia y la beneficencia, presupuesta una cierta afinidad, se dan en un clima de mutuo afecto y reciprocidad, nace la amistad.

La amistad agrega al amor fraterno la nota de reciprocidad: ¡el amigo es amigo del amigo! Implica siempre una preferencia que reconoce al otro como único y digno, es decir, como persona irrepetible. Los amigos son pares que se reconocen y tratan como personas distintas y no como idénticos. La amistad es la forma de amor que más respeta la libertad del otro; al amigo ni siquiera se le piden explicaciones de sus actos, se supone que las tiene y que son valaderas.

La amistad es un tipo de comunión interpersonal que, muchas veces, prolonga y ahonda otras relaciones ya existentes. En este sentido, agrega estabilidad y creatividad a la relación conyugal, familiar, laboral, vecinal, etc. La amistad teje una red de contactos entre las personas en el seno de los grupos y sociedades. El fundamento de esta red es el *encuentro* interpersonal con un otro.

Podemos decir, sin más, que la semilla de la amistad es una sucesión de encuentros. La amistad es algo que se cultiva. No cualquier encontrarse es un encuentro; estos últimos presentan las siguientes *características*, aunque no suelen estar todas conjuntamente presentes en un sólo encuentro.

- Momento gozoso, sincero, auténtico, íntimo y vital.
- Experiencia de autoconocimiento y renovada visión del prójimo y del mundo.
- Confrontación con alguien diferente que abre nuevas perspectivas.
- Vulnerabilidad sin temor ni peligro de muerte.
- Oportunidad de formular las preguntas importantes y obtener las verdaderas respuestas.
- Lugar donde renace la búsqueda y nace la creatividad.
- Tiempo de caminar juntos hacia el fin común y propio de cada uno.
- Posibilidad de jerarquizar valores, sintetizar la propia vida y reanudar el camino.
- Lo opuesto a la costumbre y al aburrimiento.
- Ocasión para renovar la amistad o para superar crisis de desencuentros.
- Algo que llega a su fin con una promesa de reencuentro.

La amistad, como toda realidad humana, implica un *camino* o proceso: los amigos se van haciendo amigos. Y este quehacer no está exento de crisis. Todo proceso implica progreso y no hay progreso sin superación de dificultades.

Las principales *dificultades*, que nos impiden entablar relaciones como amigos, me parecen ser éstas. La falta de autoconocimiento y aceptación de sí mismo. El temor al abandono que impide ser verdadero. La incomunicación y las relaciones opresoras o dependientes. Las imposiciones de la

sociedad que separan arbitrariamente a ricos y pobres, blancos y morochos, varones y mujeres. El aislamiento de las grandes ciudades. El individualismo propio de ciertas culturas. Y la lista es susceptible de aumento sin fin; no obstante, deseo señalar algo más en particular.

La amistad implica afecto y confianza. Cuando la confianza se da en un clima de afecto nace la *intimidad*. La intimidad puede considerarse como el corazón del encuentro interpersonal, es un conocer y ser conocido, un "tocar" y "ser tocado". Todo esto, en ciertas edades, temperamentos y circunstancias, puede producir resonancias sensuales y carnales. Se comprenden entonces las advertencias sobre "amistades particulares" por parte de algunos maestros espirituales. Huelga decir que estos maestros consideran prácticamente imposibles las amistades heterosexuales y, por lo mismo, siempre desaconsejables.

Ya les dije qué es la amistad. No obstante, deseo *caracterizarla* mejor. Considero que las notas que permiten delinear su fisonomía son las siguientes:

- *Convergencia*: la reciprocidad no es tanto el fruto de un empeño y esfuerzo voluntario, existe y crece sobre algo preexistente.
- *Confidencia*: donación mutua de la propia intimidad o secreto; es la nota que le da a la amistad su carácter más propio en la vivencia de los amigos.
- *Coincidencia*:
 - *Igualdad*: la relación se entabla de igual a igual, sin subordinaciones.
 - *Valores compartidos*: puntos de vista comunes en relación a las cosas importantes y valiosas de la vida.
 - *Proyectos comunes* y creativos, abiertos a la novedad de la vida.
 - *Circunstancias* o situaciones de vida semejantes o parecidas.
- *Inmanencia*: los amigos se inhabitan recíprocamente gracias al afecto y conocimiento mutuos.
- *Clarividencia*: los amigos gozan de cierta serenidad y lucidez en su relación debido a la ausencia de pasión que perturba la razón; el amigo conoce y acepta a su amigo tal como es.
- *Gaudencia*: gozo, agrado y recreación en la mutua presencia y conversación sobre lo que se vive, siente, piensa, quiere y aprende.
- *Paciencia*: para vivir juntos los momentos difíciles y acoger con agradecimiento la oportuna corrección.

Estas siete características de la amistad, en su conjunto, le dan a la misma todo su valor y plenitud. Pero, claro está, hay amistades y amistades. Una amistad entre niños o adolescentes difícilmente será una amistad plena. Pensemos, por ejemplo, cuánto instinto y cuánta razón entran en las amistades infantiles. Y, ¿qué decir del contenido de las confidencias entre chicas de catorce años?

Podemos considerar también otra variable. Estas notas caracterizantes recibirán diferentes preferencias y matices según que la amistad se entable entre dos varones, dos mujeres o un varón y una mujer.

E. Amistad conyugal

Recuerdo que en la carta sobre José de santa María les dije alguna palabra sobre la *amistad conyugal*. Ya había hecho referencia a ella en la carta sobre matrimonio y virginidad cuando les decía que el mutuo enriquecimiento es el primer fruto de la fecundidad del amor. El magisterio de la Iglesia ha enseñado reiteradamente que: "el hombre debe vivir con su esposa un tipo muy especial de amistad personal" (Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, 25).

Pero la amistad conyugal, aún cuando haya existido antes del matrimonio, no es empresa fácil, demanda tiempo y esfuerzo. La principal *dificultad*, a mi parecer, es la ambivalencia afectiva causada por la cotidiana convivencia.

Me estoy refiriendo a los sentimientos simultáneos o alternados de amor y agresividad tan propios en la vida de toda pareja, al menos en los primeros años de matrimonio. La presencia estable y la relación continua con el cónyuge es caldo de cultivo para una gran variedad de sentimientos contrastantes que atentan contra la gratuidad, serenidad y lucidez de la amistad.

Pero atención, difícil no quiere decir imposible. Lo que vale cuesta, y la amistad entre los cónyuges es valiosísima. La dificultad reside en el mayor número de notas a armonizar, pero esto mismo es fuente de insondable riqueza.

Los *beneficios* de la amistad matrimonial son múltiples. Juzgo importante mencionar al menos tres de ellos. La amistad entre los cónyuges permite vivir la abstinencia sexual, elegida o necesaria, sin sentimientos de frustración y con posibilidad de crecimiento en el respeto y la ternura. Cuando el peso de los años debilite la apetencia y atracción sexual, será precisamente la amistad la que mantendrá la comunión y dará sentido a la unión. Por último, aunque parezca contradictorio, la relación de amistad dará más colorido, interés, satisfacción y perdurabilidad al amor carnal entre los cónyuges.

Si deseamos *caracterizar* la amistad conyugal tendremos que agregar las siguientes notas a las siete ya mencionadas:

- *Convivencia*: juntos en los trabajos, alegrías y dolores de la vida cotidiana de hoy y de siempre.
- *Apetencia*: atracción sexual mutua, exclusiva y fiel.
- *Pertenencia*: el uno para el otro a fin de enriquecerse en el mutuo y pleno don de sí mismos, mediado por los cuerpos y consumado en el espíritu.
- *Trascendencia*: prolongación de sí mismos en el nacimiento de nuevas vidas, relaciones y servicios.

Si nos preguntamos sobre las notas de la amistad que deben pulsar principalmente la amistad conyugal, quizás podamos responder: la confianza en el contexto de un diálogo frecuente o cotidiano y la coincidencia en valores o proyectos compartidos.

Una pareja de cónyuges felices y amigos está siempre abierta a *otras amistades* aunque éstas no sean comunes. Un varón, por bien casado que esté, necesita la amistad de otro varón. Y otro tanto se puede decir de una mujer en relación con otra mujer. La amistad hacia afuera de uno y otro miembro de la pareja no se opone ni al mutuo amor ni a la mutua amistad; por el contrario: enriquece a ambos.

En el matrimonio se entabla una relación exclusiva pero no excluyente. Duele decirlo, pero cuando en un matrimonio ha decrecido el amor y crecido la posesión, la primera víctima serán los amigos y amigas personales de uno y de otro. No obstante, si las amistades son auténticas, costará trabajo acabar con ellas. El recurso más sutil para eliminarlas suele ser la disolución en el grupo familiar o en el grupo de conocidos.

F. Amistades heterosexuales

Parece ser éste el mejor contexto para tratar un tema que quedó pendiente tres años y medio atrás: las amistades entre varones y mujeres o *amistades heterosexuales*. La promesa de tratarlo se la hice cuando les escribí sobre la amistad entre santa Teresa y el P. Jerónimo Gracián.

Me estoy refiriendo, claro está, a amistades entre adultos de edad semejante en las que están más o menos presentes, y en vía de crecimiento, las siete características de la amistad ya señaladas. Amistades en las que se excluyen y no se potencian las notas de convivencia, apetencia, pertenencia y trascendencia en la procreación de hijos, propias de la amistad conyugal.

Las amistades heterosexuales, que desean permanecer tales, son *un don, un riesgo y una conquista*. Un don, por los bienes que traen consigo; un riesgo, pues fácilmente se transforman en algo diferente; y una conquista, pues demandan constante ascesis. Se comprende entonces que muchos las ignoran o les huyen, otros las desvirtúan y pocos las agradecen, sufren y gozan.

Ya hemos escuchado la opinión de ciertos maestros espirituales sobre la imposibilidad práctica y lo desaconsejable de este tipo de amistades. Comparto en alguna medida esta opinión. No soy partidario de pregonar y promover una amistad tal. Pero tampoco me inclino a recomendar su ruptura siempre que se da. En más de un caso estoy bien dispuesto a acompañar y a ofrecer consejo.

Desde ya que estas amistades, en cierto grado de plenitud, son imposibles entre adolescentes y personas afectivamente inmaduras. Tanto unos como otros se desconocen a sí mismos y al prójimo, tienen posibilidades ínfimas de integrar lo masculino y femenino de sus propias psiques, y todavía deben armonizar los diferentes niveles de la sexualidad elevando la energía vital hacia expresiones más altas de relación interpersonal.

Excluyo también, por razones obvias, a personas casadas, por adultas que sean, que no son felices en su propio matrimonio; como así también a cónyuges que no han crecido en amistad entre sí. Y en el supuesto caso de un matrimonio, en el que las partes además de cónyuges son amigos, habría que tener en cuenta tantas circunstancias que no me atrevo a hacer generalizaciones.

Si sigo excluyendo puedo dar la falsa impresión de negar la realidad cuya existencia afirmo. La experiencia enseña que estas amistades existen y que han sido y son posibilidades de crecimiento, maduración y plenitud para ambos amigos y de enriquecimiento para quienes los rodean.

Como pórtico o preámbulo al tema, deseo hacer un par de *aclaraciones*. La primera se refiere al concepto y realidad de la *madurez*. Por supuesto que no me estoy refiriendo a algo estático y adquirido de una vez para siempre. La madurez es maduración, consiste en: una armonía dinámica entre las diferentes dimensiones de la personalidad en relación con el medio ambiente y con un sistema jerárquico de valores.

La madurez se refiere asimismo al grado de desarrollo y plenitud en una determinada edad. Un niño puede ser maduro en cuanto niño e inmaduro en cuanto joven. En estos casos parece mejor no hablar de madurez sino de conductas apropiadas a una edad determinada.

Por lo general, cuando hablamos de madurez nos referimos al grado de desarrollo que se espera de alguien en cada etapa de la vida. Y para determinar dicha madurez se confronta la vida con ciertos modelos. Estos modelos ofrecen criterios de madurez general o en áreas distinguibles de la persona. Me interesa presentarles ahora algunos *criterios significativos* de madurez afectivo sexual. Es precisamente esta madurez una condición básica e ideal para entablar una amistad heterosexual fructuosa. Estos criterios podrían ser:

- Estabilidad armónica en la afectividad profunda: capacidad de vibrar o conmoverse sin trastornarse.
- Libertad para compartir sentimientos íntimos con quien uno quiere: capacidad de confianza selectiva.
- Trascendencia respecto a los propios intereses y puntos de vista: capacidad de ponerse en los zapatos y la piel del los otros.

- Sentimientos positivos respecto al prójimo: capacidad de valorar afectivamente a los demás.
- Visión que va más allá de la epidermis y apariencias del sexo opuesto: capacidad de relación interpersonal.
- Vivencia de la sexualidad que supera el mero placer y la reproducción biológica: capacidad de vivir la condición sexuada como medio de comunicación interpersonal.
- Facilidad, seguridad, profundidad y oblatividad en las relaciones con el otro sexo: capacidad de intimidad sin posesividad o seducción y sin expresión genital.
- Coherencia entre valores elegidos, deseos, pensamientos y conductas: capacidad de ser feliz en las opciones de vida hechas sin frustraciones habituales o compensaciones encubiertas.

Y la lista podría seguir. Pero no se trata de establecer un código de conductas o un patrón de comportamientos. Sólo he querido ofrecerles una constelación de criterios que, tomados en conjunto, permitan afirmar que una persona se aproxima a la madurez afectiva sexual. El grado de dicha madurez condicionará la calidad de la amistad y las consecuencias de la misma.

La segunda aclaración la formulo así: *la amistad no es enamoramiento*. En efecto, aunque muchas veces nuestros sentimientos se entrecruzan y confunden, no obstante, en la vivencia de las amistades heterosexuales es de importancia capital poder distinguir la experiencia de amistad de la experiencia de enamoramiento. La incapacidad de distinguir lo implicado en una y otra podría ser un signo de inmadurez afectiva.

Ya sabemos qué es enamorarse, porqué nos enamoramos, cuáles son las características propias de esta forma de amor heterosexual y cómo se desarrolla el proceso del enamoramiento. Todo esto nos lo enseña la vida y lo hemos meditado en una carta anterior, aquella en la que san José se nos hizo presente. Agrego ahora algo más; que José de santa María me asista con su gracia para que lo añadido no sea vano abultamiento sino verdadero ahondamiento.

El enamoramiento es una paulatina o súbita conmoción en la que lo rutinario deja lugar a lo inesperado. Es una alborada compartida en la que se une lo separado (ella y él) al precio de la separación temporal de lo previamente unido (familia, compañeros, amigos...). El enamoramiento es un jugarse la vida: se reorganiza la propia historia marcada con un antes y un después; el corazón se vuelve vulnerable y abierto sin condiciones a un otro diferente; los sentimientos forman una nueva constelación en torno a una única persona; el amor se convierte en explorador de todo lo posible y aún de lo imposible. ¡Parece que se ha llegado cuando todavía no se ha partido! ¡El fin está en el inicio!

El enamorado se vive y vive auténticamente: quiere ser él mismo hasta el fondo y reclama lo original del otro. Se vive y vive austeramente: olvida muchas necesidades ante la presencia de lo único necesario. Vive y se vive igualitariamente: atrae y es atraído, debe dar y tiene derecho a recibir.

Para que los extáticos enamorados aterricen en el amor cotidiano, para que la certeza de la intuición se convierta en certeza de razón, para que el mutuo deseo se transforme en mutua dedicación, para que el enamoramiento cuaje en amor: habrá que pasar muchas pruebas, aceptar infranqueables límites, aceptar lo que en el otro es irrenunciable, y pactar más de una tregua antes de entablar reconciliadoras alianzas.

Pero lo que ahora me interesa es diferenciar el enamoramiento de la amistad. Tanto uno como el otro son formas de amor interpersonal. Pueden ser sucesivos: lo que empieza como amistad puede continuar en enamoramiento, y lo que se inicia como enamoramiento puede terminar en amistad, aunque en este último caso parece ser necesario el paso intermedio del amor decantado por el tiempo.

Y, claro está, el enamoramiento y la amistad pueden en alguna forma coexistir. Importa entonces señalar las principales *notas contrapuestas* que nos permitan discernir sus presencias. Les ofrezco los siguientes criterios y aguardo sus comentarios.

Amistad y amigos

- Es una experiencia relacional que nace generalmente por una sucesión de encuentros.
- Suele admitir distintos grados en progresión hacia una mayor plenitud: nos estamos haciendo amigos.
- En cuanto tal es ajena al dolor: no causa tormento pues no es pasional.
- No existe sin reciprocidad: el amigo es amigo del amigo.
- Cuando no hay reciprocidad se desvanece por sí misma.
- Es abierta, libre y serena.
- Conoce al otro y sus necesidades: la imagen del amigo es real y hay poca proyección de las propias carencias.
- Regala lo que al otro le gusta o le es útil.
- Los malos sentimientos pueden hierirla irremediablemente, aún cuando sean manifestados y perdonados.
- Tiene en cuenta las virtudes éticas del otro.
- Analiza poco o nada los comportamientos del otro.
- Quiere sobre todo la libertad del otro y la promueve, si la coacciona pone en peligro la relación.
- El tiempo que media entre encuentro y encuentro es un simple intervalo.

Enamoramiento y enamorados

- Es un acontecimiento que suele tener su inicio de una manera bien definida.
- Por lo general desconoce grados: estoy o no estoy enamorado.
- Implica siempre algún tipo de sufrimiento: es pasión a causa del apasionamiento.
- Puede existir sin correspondencia: hay enamorados sin enamoradas...
- Cuando no hay correspondencia demanda esfuerzo acabarlo.
- Es exclusivo, ata y conmueve.
- Desconoce la identidad del otro y sus necesidades reales: la persona amada está transfigurada y se vuelcan sobre ella las propias necesidades.
- Regala al otro lo que a uno mismo le gusta o le es útil.
- Sobrelleva sentimientos negativos pues los transforma con el perdón, la pasión y el deseo.
- Tiene poco en cuenta las virtudes éticas del otro.
- Discierne hasta la inquietud los comportamientos del otro.
- Quiere y necesita la libertad del otro, pero procura someterla al propio amor.
- Los intervalos entre encuentro y encuentro son tiempo de deseo, ansias y pena.

- No es curiosa del pasado ni se preocupa por el futuro.
- Permite descubrir gozosamente la soledad de la propia identidad.
- La ruptura, cuando tiene lugar, suele ser definitiva pues suele fundarse en un juicio de valores.
- Quiere saber todo lo sucedido en el pasado y se preocupa por el futuro común.
- Hace descubrir dramáticamente la soledad de la propia identidad.
- La ruptura, si acontece, suele ser revocable pues la pasión perdura y puede volver a nacer.

Caigo en la cuenta que al elaborar la columna de la amistad tenía en mente a dos amigos varones. Quiero creer que lo dicho tiene también validez para las amistades entre mujeres. En el caso de amistades heterosexuadas habrá que poner algunos bemoles, al menos todos aquellos que exija la infaltable presencia del *eros*.

En efecto, el *eros*, en cuanto resonancia psicoafectiva, está siempre presente en cualquier relación heterosexual, más aún en la relación donde se da una cierta intimidad. No obstante, la amistad difiere del enamoramiento.

Una cosa es "encontrarse con alguien" y otra es "invitar a salir". Las mismas palabras "te amo", significan algo distinto entre un amigo y una amiga y entre un novio y su novia.

"Te amo", entre amigos, puede significar: te aprecio y valoro, me siento responsable de nuestra relación, me siento bien cuando te encuentro, me importas mucho y quiero tu bien... Es algo que sale de la razón y del corazón.

La misma frase, "te amo", entre enamorados, suele significar: eres única, lo que siento a tu lado es totalmente nuevo, acortemos distancias... No es algo que brota de la razón sino del corazón y la pasión.

Les decía, páginas atrás, que en más de un caso de amistades heterosexuadas, en lugar de recomendar su ruptura, estaba bien dispuesto a ofrecer otros *consejos*. ¿Cuáles? Todos los necesarios para ayudar a evitar riesgos inútiles y para poner los riesgos calculados al servicio de la conquista de los frutos, esos mismo frutos que al ser alcanzados se experimentan como dones recibidos. Dado que este tema no es para ventilar en la plaza pública, a partir de ahora hablaremos más íntimamente y cara a cara.

Lo primero que les aconsejo es hacer una *doble verificación*. ¿En qué grado de madurez afectiva se encuentran? ¿Están enamorados o se están haciendo amigos? Los párrafos que preceden pueden ayudarles a responder estas preguntas. Las respuestas que se den indicarán el camino a seguir. Sí, ya lo sé: sin relación interpersonal no hay posibilidad de maduración. Pero hay muchas formas de relaciones interpersonales y no hay porqué pensar que esta forma peculiar es la única que permite madurar...

Mi segundo consejo es que tomen, tan libre y lúcidamente como puedan, este *par de decisiones*, que han de renovar tantas veces cuantas sean necesarias. Mantener la amistad hondamente enraizada en el amor a Jesucristo. Y renunciar absolutamente al placer genital y a lo que conduce al mismo.

Sólo hay un camino para mantener la amistad enraizada en Jesucristo: entregarse asidua y perseverantemente a la oración. Sin relación con El es imposible entablar relaciones en El. Si la relación con El no crece tampoco podrá crecer la relación de ustedes en El. No insisto en esto porque es evidente y sobra doctrina. ¡Quiera Dios que abunde en ustedes la práctica!

La renuncia al placer y relación genital ha de traducirse en un no categórico fundado en un sí más trascendental. No se trata de reprimir sino de asumir y elevar. Y para asumir han de ser bien conscientes de lo que viven y sienten. Expliciten con sencillez, en las propias conciencias y ante

Dios, las ocultas apetencias sexuales, ésta es la mejor forma de elaborarlas e integrarlas y de no actuarlas. La mutua comunicación de todo esto, en un clima de respeto, puede ayudarles; pero han de saber que la manifestación puede incentivar la atracción. Tengan además en cuenta que las personas difieren en su apetencia sexual y en las causas que la motivan. Cuiden las formas de vestir, caminar, hablar, pararse, gesticular... todas ellas pueden comunicar mensajes inconcientes pero más claros que muchas palabras, palabras que quizás nunca se atreverían a pronunciar. Sólo la renuncia, el sacrificio y el sufrimiento transforman los instintos y permiten transmutar la energía vital hacia expresiones más altas y personales. Por lo demás, sean amigos del pudor y el pudor protegerá la amistad que los une.

El tercer consejo que les doy está relacionado con el precedente, se refiere a asumir una *doble responsabilidad*. Si bien ambos son responsables de la mutua amistad y cada uno de sí mismo, me parece importante que tú, varón, asumas la responsabilidad de vigilar la relación para que ésta se mantenga en el marco de la amistad; y tú mujer, cuida para que esta amistad permanezca en el ámbito del amor a Cristo.

Me parece que esto condice con la naturaleza y gracia de cada uno. El varón está llamado a aportar lucidez y discernimiento; la mujer, que de por sí es más religiosa, está invitada a religar con Dios. El ha de cuidar que ella no se enamore apasionadamente: el amor es para la mujer fuerte como la muerte, y un amor imposible o que no se ha de corresponder puede matarla. Ella prestará su ayuda para que el varón se eleve y no se quede en lo tangible y pedestre, el eros varonil es de bajo vuelo y tiende a aterrizar donde le resulta más fácil.

El cuarto consejo va en la línea de una *doble apertura*. Veo muy conveniente que se mantengan abiertos a un tercero que pueda ayudarlos a objetivar y los asista en momentos de crisis. Es también importante que mantengan buenas relaciones familiares y que entablen otras amistades comunes o no. Engargen la amistad que los une en el tejido grupal, comunitario y social en el que viven. El secretismo, el aislamiento y el exclusivismo excluyente sólo sirven para atizar el fuego y enrarecer el aire, incendiar y asfixiar a los aislados.

El quinto consejo es simple. Se reduce a advertirles que no faltarán *dolores y dificultades*. La buena voluntad y la buena intención son insuficientes para sostenerlos en el camino, precisan una voluntad fuerte y decidida y una intención lúcida, recta y objetiva. Me estoy refiriendo a cosas muy concretas. Les enumero algunas.

- *Separaciones*: No son cónyuges que conviven sino amigos que viven. Las distancias y ausencias dificultan la comunicación. Una larga separación puede distanciar la relación y hacer que la amistad pierda calidad y se superficialice. Las despedidas y adioses hieren el corazón.
- *Interrogantes*: ¿Cómo integro esta amistad en el conjunto de mis otras amistades conservando al mismo tiempo su peculiaridad? ¿Callo para no herir o manifiesto mi herida? ¿Hasta dónde muestro físicamente mi afecto? ¿Estamos centrados en Cristo o nos hemos quedado anclados en nosotros mismos? ¿Tomo distancia para no quedar absorbido en lo erótico? ¿Estoy siendo fiel a mis otros compromisos de vida?
- *Restricciones*: Es verdad que en cuanto espíritus encarnados amamos con el alma y el cuerpo. Pero ustedes no son novios ni están casados. Las expresiones de cariño y ternura han de ser las apropiadas entre amigos en un contexto cultural dado y en circunstancias determinadas. Al comienzo conviene ser parco, y otro tanto vale para los momentos de erotización. Con el tiempo y el asentamiento de la amistad quizás puedan manifestarse el mutuo afecto con mayor seguridad y libertad. Pero para poder vivir esto con modestia y disciplina han de ser medidos y disciplinados en todas las áreas de la vida.
- *Frustraciones*: Suelen ir de la mano con las restricciones recién señaladas. Pero en realidad no hay vida sin frustraciones. El problema no son ellas sino qué hacemos con ellas. La frustración

cesa cuando cesa el egoísmo, y éste muere veinte minutos después de nuestro entierro. Muchos planes que puedan haber hecho quedarán sin cumplimiento y otros tantos tendrán que ser modificados. Más de un encuentro tendrá que ser postergado y más de una pregunta quedará sin respuesta. El afecto y la carne quedarán insaciados. Habrá esperanzas que se las llevará el viento y expectativas que se convertirán en humo...

- *Constataciones*: ¡No somos tan buenos como pensábamos! Cuanto más altos sean los ideales tanto más dolor les causarán los bajos instintos que puedan experimentar. Quizás se equivocaron al evaluar la propia madurez y la calidad de la relación. Podría ser que los motivos iniciales eran diferentes de los creídos y proclamados. Quizás los móviles de tal y tal acción son otros que los confesados...
- *Malentendidos*: Pensabas que la relación se entablaba en un plano de amistad pero uno de los dos no pensaba así. Un simple olvido u omisión puede enredar la relación. No faltarán incomprendiones y hasta llegarán a discutir sin saber porqué. Hasta un simple beso de saludo puede dar lugar a equívocos. Las explicaciones y clarificaciones pueden convertirse en causas de nuevos problemas e incomprendiones...
- *Soledades*: El camino de la amistad heterosexuada, al igual que el de toda amistad, es camino que se hace al andar. No siempre tendrán quien les aconseje y acompañe. Poquísimos mostrarán interés en que la amistad perdure. El crecimiento en la amistad y el amor les presentará nuevos interrogantes y tendrán que enfrentar la incertidumbre. Aún estando juntos podrán llegar a sentirse solos, incomunicados o sin saber lo que el otro vive. En medio de la noche se preguntarán: ¿es hora de la prueba o es que todo ha terminado?

No hace falta decirles que los problemas no han de ser negados sino confrontados a fin de ser elaborados. Y esta elaboración es trabajo personal: nadie les resolverá las dificultades sino ustedes mismos. Reconozcan su indigencia e incapacidad y el Señor se hará presente. Pase lo que pase, nunca desesperen de su Omnipotencia y Misericordia.

Mi último consejo es éste: Es bueno que compartan ideales y mejor aún que compartan *proyectos creativos*. Los novios se miran entre sí y hablan del mutuo amor. Los amigos miran juntos lo que hacen y hablan sobre lo que harán. El amor es siempre creativo, al servicio de otros. Estas obras comunes no sólo benefician a terceros sino también a los mismos amigos: la creatividad es condición y medio privilegiado para canalizar y elevar la energía vital.

Me estoy preguntando: ¿qué pensaría santa *Teresa* si leyera todo esto que acabo de escribirles? ¡Quizás me preguntaría sobre el significado de la palabra heterosexuado! Lo más probable es que me recordase que cuando se encontró con el padre Gracián, ella tenía 60 años cumplidos y él sólo veintiocho; la amistad con él tenía mucho de materno y de filial. La lectura de las cartas que se intercambiaron confirma esta realidad.

No obstante, Teresa era mujer y tenía un corazón femenino como pocos. Además de las notas maternas sonaban en su amistad otras notas, no menos femeninas. Escribiendo a Gracián sobre las monjas de Sevilla le dice: "y lo quieren a Paulo (Gracián) me cai harto en gracia, y que les quiera él bien (a ellas) me alegró, aunque no tanto" (*Carta del 7-XII-1576*).

Teresa era bien conciente de lo que la movía. Su actitud fue siempre realista y franca. Supo integrar en su vida la amistad con Gracián con todo lo que ella implicaba. Gracián mismo relata en sus *Scholias y adiciones* (ff.29-30): "Acuérdome que reprimiéndola yo un día porque me quería tanto y mostraba tanto regalo, me dijo muy riéndose: "él (usted) no sabe que cualquier alma por perfecta que sea, ha de tener un desagadero. Déjeme a mí tener éste que, por más que diga, no pienso mudar del estilo que con él llevo". Teresa sabía muy bien que el "casamentero" que había unido esta amistad era el mismo Señor (*Carta del 9-I-1577* al P. Jerónimo Gracián).

Al mismo tiempo, santa Teresa no era una virgen tonta sino prudente. Sabía que este tipo de amistad no es para todos o todas. El 18 de diciembre de 1576, escribiendo al mismo Gracián, le dice: "Yo puedo tratar y tener mucho amor por muchas causas, y ellas (las monjas) no todas podrán, ni todos los prelados serán como mi padre que se sufra con ellos tanta llaneza. Y pues Dios le ha encomendado este tesoro, no ha de pensar que le guardarán todos como vuestra paternidad... y lo que me vieron decir y hacer a mí— porque entiendo con quien trato y ya por mis años puedo— les parecerá que puedan ellas hacer..." Y en la misma carta le reprende a causa de su ingenuidad que lo lleva a leer las familiares cartas de Teresa a otras personas: "Mire que son diferentes los entendimientos; y nunca los prelados han de ser tan claros en algunas cosas... y no será bien que las sepa nadie como no querría que ninguno me oyese lo que trato con Dios ni me estorbasen a estar con El a solas, de la misma manera es con Paulo (Gracián)".

A decir verdad, la amistad entre personas consagradas de diferente sexo ha sido un hecho sorprendentemente frecuente en la historia de la espiritualidad cristiana. El enraizamiento en Cristo, la convivencia comunitaria y el servicio abnegado al prójimo suelen ser un ámbito apropiado para la acogida de este don y la conquista de esta gracia. Por lo mismo que se trata de amistades en Cristo son siempre amistades pascuales: la muerte y la vida nunca faltan en ellas.

Ofrecí varios consejos para la conquista de este don. El esfuerzo, el dolor y la muerte sólo se justifican en relación a los frutos y la vida. Pero no me detendré ahora a hablarles de los *frutos* de las amistades heterosexuadas. José de santa María los cosechó en plenitud, consúltenlo a él o a su virgen esposa. Estoy seguro de que José suscribiría estas palabras de Francisco, el santo de Sales, referentes a la amistad espiritual:

"Esta amistad es excelente porque procede de Dios; excelente, porque a Dios tiende; excelente, porque su lazo de unión es Dios; excelente, porque durará para siempre en Dios. ¡Cuán hermoso es amar en la tierra como se ama en el cielo, y aprender a amarse en este mundo como amaremos eternamente en el otro!" (*Introducción a la vida devota*, III, XIX)

Palabras de Francisco, pero que también podrían ser de santa Francisca Chantal, dado que el Señor los unió a ambos en un entrañable amor de santa amistad.

Me he detenido más de la cuenta en este tema. Espero no haber perdido el tiempo en vano. Creo que hay muchas cosas rescatables y aplicables en otras situaciones, haciendo, por supuesto, las debidas adaptaciones. Confío en que hasta parejas de novios y de casados puedan llegar a encontrar algo utilizable.

3. PRÁCTICA

Nos dice Guillermo de San Thierry, monje cisterciense del siglo XII, que: "El arte de las artes es el arte del amor" (*Naturaleza y dignidad del amor*, introd.). Y sabemos que cualquier arte implica doctrina y práctica, cuando se adquiere maestría en ambas nace la intuición que recrea e improvisa con acierto según reclaman las circunstancias.

A. Tres lecciones

Ya tenemos una doctrina sobre el amor, no exenta de consejos prácticos, pero ¿qué podemos decir sobre la práctica? Recordemos que sólo Dios, habiéndonos enseñado qué es el amor, puede enseñarnos también cómo amar: ¡nos enseña a amar amando con su amor! Les comparto algo de lo que he aprendido y, por favor, intercedan para que lo siga viviendo.

La primera lección práctica es ésta: poner el sacramento de la reconciliación al servicio del crecimiento en la caridad. La segunda es semejante a la primera: internalizar por todos los medios posibles las actitudes propias de la caridad cristiana. La tercera es bastante parecida a las dos precedentes: confrontar modelos a fin de motivar y orientar nuestra conducta.

Como se pueden dar fácilmente cuenta, estas tres primeras lecciones se mantienen a un nivel de prácticas generales sin bajar a concreciones particulares. ¿Saben? lo que me sucede es esto: estoy seguro de que ustedes consideran al amor como el principio fundamental de sus vidas, por consiguiente no necesitan recetas, la fidelidad a este principio les inspira sin más cómo practicar concretamente el amor.

Sí, sí, es verdad, mi fidelidad a este principio básico de vida cristiana y humana, también me ha dictado y dicta a mí cómo obrar concretamente en la práctica.

Bajando más a lo concreto puedo decirles esto: lo que más me ha ayudado a conjugar en lo cotidiano el verbo amar es aprender a dialogar y reconocer que los humanos amamos de diferentes formas.

B. Diálogo y comunicación

El amor que nos plenifica y plenifica a los demás se practica compartiendo la vida con otros. Compartir implica poner y tener en común, es decir: comunicar. Comunicar, en la práctica se traduce por dialogar.

Dialogar es ser verdadero y comunicar verdad en el amor para amar en la verdad. Si amar es acoger y donarse, entonces dialogar es amar pues dialogar es escuchar y hablar.

Dios mismo nos enseña y se nos presenta como modelo en la relación dialogal. La religión es diálogo entre Dios y el hombre; la revelación cristiana es diálogo de salvación; la oración es diálogo con el Padre por Cristo y en el Espíritu.

Dios Amor nos enseña a amar dialogando con nosotros e invitándonos a dialogar con nuestros prójimos.

- Él abrió el diálogo amándonos primero: nos enseña así a tomar la iniciativa y a salir al encuentro del hermano.
- Dios dialoga porque ama: el móvil de nuestro diálogo sólo puede ser un amor desinteresado y generoso.
- Abrió el diálogo con todos sin hacer acepción de personas ni consideración de méritos: nos enseña de este modo a tener una actitud dialogal ilimitada y sin ningún tipo de cálculos ni prejuicios.
- Dialoga Dios con todos pero a nadie obliga a aceptar o a responder: nuestro diálogo ha de ofrecer un oído que escucha y donar la palabra pero sin coacción y con total respeto a la libertad ajena.

La abundancia de literatura sobre el tema del diálogo me permite brevedad telegráfica. Por lo tanto, para dialogar:

- Ante todo: *escuchar*
 - Con el oído y el corazón:
comprendiendo y aceptando,
con interés y respeto.
- Luego: *hablar*
 - Claramente: con verdad
 - Tranquilamente: con afecto
 - Confiadamente: sin temor
 - Prudentemente: con oportunidad

- Procurando, además:
 - Relativizar la propia palabra
 - No interrumpir al que habla
 - Preferir escuchar que hablar

El contenido de la comunicación dialogal puede ser múltiple y variado. Según lo comunicado se podrán distinguir diferentes *tipos* de diálogo. Podemos comunicar:

- *Ideas*, opiniones y juicios a fin de elaborar un problema y llegar juntos a una conclusión decisiva. Tendríamos así un diálogo operativo.
- *Sentimientos* o emociones a fin de dar a conocer lo que late en el corazón con mayor vitalidad. En este caso tendríamos un diálogo existencial. En la comunicación de sentimientos conviene tener presente que:
 - Los sentimientos son premorales, moralmente hablando no son ni buenos ni malos: sentir odio no es pecado y sentir amor no es virtud.
 - La comunicación de sentimientos ha de evitar todo juicio de los demás: "me siento así por culpa tuya y de..."
 - Los sentimientos han de ser reconocidos como propios y manifestados con sencillez: lo cual es algo bien diferente de reprimirlos, proyectarlos o actuar según su dictamen.
 - Sentimiento reprimido y no manifestado suele ser doble o enmascaradamente actuado.
- *Silencio unitivo* en el que se comunica toda la vida una vez que ha nacido la intimidad y se da el encuentro interpersonal. No encuentro mejor nombre para este tipo de diálogo que llamarlo diálogo de comunión.
- *Vida divina*, la cual convierte el diálogo en oración a Dios y en Dios.

A fin de quitar obstáculos y facilitar el crecimiento en el diálogo pueden ayudar estas preguntas de *evaluación*: ¿Cómo escuché y hablé? ¿Lugar y tiempo apropiados? ¿Contenidos claros? ¿Cohesión amistosa? ¿Temas pendientes para esclarecer?

Les aseguro que sin diálogo no pueden existir ni la amistad ni la vida comunitaria. Y ustedes me aseguran que sin diálogo frecuente no existe matrimonio feliz.

C. Amantes y amores

Paso ahora a explicarles cómo usar el cuadro sinóptico que les presenté páginas atrás sobre tipos de amantes. La explicación se reduce a estas pautas:

- Lee y medita las 15 características del amor
- Procura determinar todas aquellas que vives en forma:
 - Espontánea o connatural
 - Elaborada o adquirida
- Confirma lo precedente con quien te conozca
- Determina aquella(s) característica(s) en la(s) que deseas crecer:

- Concreta medios posibles
- Excluye lo que se opone
- Decídete con esperanza

Si observas a tu prójimo más próximo podrás advertir, con toda probabilidad, que su identidad amante difiere de la tuya. No ama como tú amas, ¡pero ama! Bendita diversidad de amores que nos permite vislumbrar un poquito del infinito e inconmensurable Amor de Dios.

Sé que he sido hartó breve en lo recién expuesto. Estoy convencido de que lo breve puede llegar a ser práctico, pues lo práctico suele ser breve.

Y esta carta va llegando a su fin. Al comenzarla les pedía perdón por hablar del amor, concluyéndola me tengo que disculpar por haber hablado: ¡obras son amores y no buenas razones!

"Amar al hombre es amar a Dios", nos decía el Papa Pablo VI en el discurso de clausura del Concilio Vaticano II. Y explicaba así su afirmación: "porque en definitiva, la religión del Dios que se ha hecho hombre, se ha encontrado con la religión del hombre que se hace Dios".

Dios no es ajeno a nuestro amor, ni siquiera es ajeno al amor de quien dice no conocerlo. El que ama, ama con amor, y Dios es Amor. Donde no está Dios, pongan amor, y estará Dios. Donde no hay amor, acojan a Dios, y habrá amor.

El pasado 14 de agosto tuve un último diálogo, en esta vida, con mi Padre. Quería confesarse, charlar y hacerme algunas preguntas; estas últimas se las contestó finalmente a sí mismo, en alta voz, con la seguridad y certeza que caracterizaron siempre sus juicios precedidos por madura ponderación.

¿Podemos decir que todo pecado es en el fondo falta de amor? Sí. ¿Podemos amar? No. Entonces, ¿quién puede salvarse? Nadie. ¡Sólo Dios nos salva, nosotros ayudamos! En resumidas cuentas: hay que amar.

Tres semanas más tarde, inesperadamente para muchos aunque no para él, Papá dio su paso pascual de esta vida a la eterna, pasando por la muerte. Ese 6 de septiembre yo me encontraba en Chile. A la madrugada de ese día tuve un sueño significativo. Me encontraba en casa de mis padres, Papá me dijo que deseaba continuar la charla de semanas atrás. Apenas nos sentamos le escuché decir: "no hay nada que continuar, todo está redondo". Y, al instante, desapareció de mis ojos. Esta súbita desaparición me sorprendió tanto que me desperté repentinamente. Pero, despierto ya, no podía recordar lo soñado.

Pasé toda la mañana con algo en el corazón pero sin saber qué era, tenía la sensación de haber vivido algo importante pero ignoraba ese algo. Después de almorzar me recosté un momento: Me despertó una voz que me llamaba diciendo: "Bernardo, te llaman por teléfono desde Buenos Aires". Escuchar estas palabras, recordar el sueño y entender su sentido, fue todo una sola cosa.

El proverbial sentido del humor de mi Padre se plenificó en el Amor infinito de Dios. El había aprendido la lección: al fin de la vida seremos juzgados en el amor. Yo también la aprendí.

La mayor cercanía entre quienes se aman se da en la convergencia hacia Dios. Y sólo convergen quienes ahondan y ascienden. Educar el amor es ordenar el amor.

"Dame un hombre que ame a Dios con todo su ser; a sí mismo y al prójimo en cuanto ama a Dios; a su enemigo, porque algún día quizás lo ame; a su padres carnales con intenso amor natural, y a los espirituales y maestros más profusamente por la gracia. Ese mismo amor ordenado por Dios se extenderá a todo lo demás: despreciará la tierra mirando al cielo, gozará de este mundo sin poseerlo; discierne con sabor íntimo del espíritu lo que se puede usar y lo que se puede disfrutar, considerando lo transitorio como transitorio, atendiendo sólo a lo necesario en cuanto necesario, para entregarse a lo eterno con igual anhelo. Dame un hombre así y me atreveré a afirmar que es sabio y que realmente saborea cada cosa como es en realidad.

Ese es el que puede gloriarse y asegurar en verdad: Ha ordenado en mí el amor... ¡Oh Sabiduría, que alcanzas con vigor de extremo a extremo, gobiernas el universo con acierto, ordenas todos los seres para hacerlos felices y coordinas todos sus afectos! Dirige nuestras obras como lo exige nuestra necesidad temporal y regula todos nuestros afectos, tal como lo requiere la vida eterna, para que todos nosotros podamos gloriarnos en ti y decir seguros: Ha ordenado en mí el amor. Porque tú eres el Poder y la Sabiduría de Dios, Cristo, el Esposo de la Iglesia, nuestro Señor, Dios bendito por siempre. Amén" (San Bernardo, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, L:8).

El Amor de Dios y su designio de salvación encuentran en la mujer el terreno más apropiado para echar sus raíces. Dios Esposo es el que ama y toda mujer es esposa amada. La mujer recibe el amor para amar a su vez, recibiendo y dando amor la mujer se encuentra a sí misma en su identidad más profunda. Dios confió el amor a la mujer, y con el amor le confió también al hombre, al ser humano. Esto, que es realidad en toda mujer, lo es aún más en la Bendita entre todas ellas (Cf. Juan Pablo II, *Mulieris dignitatem*, 29-30).

Que María, la Llena de Gracia y Esposa del Espíritu Santo, nos enseñe a vivir para Cristo y para todos los hermanos.

Con un abrazo grande en la solidaridad de María de san José.

Bernardo